

La ofensiva de los EE.UU en América Latina: golpes, retirada y radicalización **James Petras**

Traducido para Rebelión por Jorge Capelán

Introducción

La actual ofensiva político-militar de los EEUU se pone de manifiesto en América Latina en múltiples contextos, usando una variedad de tácticas (militares y políticas) e instrumentos, dirigida a apuntalar regímenes clientes en decadencia, desestabilizar a los regímenes independientes, presionar al centro-izquierda para que se mueva hacia la derecha y destruir o aislar a los movimientos populares en ascenso que desafían al imperio de los EEUU y sus lacayos. Procederemos discutiendo en primer lugar las formas

particulares de la ofensiva de los EEUU en cada país, para luego explorar las razones generales y específicas de la ofensiva en la América Latina contemporánea. Esta discusión nos aportará las bases para el análisis teórico de la naturaleza específica de "Nuevo Imperialismo" que reviste esta ofensiva y su impacto sobre los partidos electorales de centroizquierda y los movimientos sociopolíticos radicales. En la sección final discutiremos las alternativas políticas existentes en el contexto de la ofensiva de los EEUU y del nuevo imperialismo.

Ofensiva Político-Militar: Métodos Diversos, Objetivo Único

El aspecto más llamativo de la ofensiva político-militar de los EEUU en América Latina lo constituyen las variadas tácticas utilizadas para establecer o consolidar a los regímenes clientes y derrotar a los movimientos sociopolíticos populares opuestos a la dominación imperial.

El centro de la atención sobre la intervención estadounidense de alta intensidad se da en Colombia y Venezuela. En ambos países Washington mantiene apuestas muy altas, que tienen que ver con intereses políticos, económicos e ideológicos, así como con consideraciones geopolíticas.

Ambos países tienen costas hacia los países caribeños y andinos, al igual que Brasil; la emergencia de un régimen revolucionario en Colombia o la estabilización de un régimen nacionalista en Venezuela podrían inspirar transformaciones similares en las regiones adyacentes y minar el control que ejerce EEUU a través de sus regímenes clientes. Más aún, de producirse cambios políticos significativos, estos podrían afectar el control de los EEUU sobre la producción y el abastecimiento de petróleo, no sólo en Venezuela y Colombia, sino que también podrían imponer presión sobre México y Ecuador para que retrocedan en sus procesos de privatizaciones.

A toda costa Washington quiere mantener un abastecimiento seguro de

petróleo en el actual período de "guerra no declarada" contra países productores de petróleo del Golfo - es decir, Irak e Irán- y frente a la creciente vulnerabilidad de Arabia Saudita.

Geopolíticamente, las transformaciones socio-políticas en Colombia y Venezuela podrían llevar a un pacto de integración con la Cuba revolucionaria, destruyendo así el embargo de cuarenta años de Washington y creando una alternativa viable al Acuerdo de Libre Comercio (ALCA/FTAA en inglés) patrocinado por los EEUU.

Washington ha optado por diferentes estrategias hacia esos dos países. Para derrotar a la insurgencia popular en Colombia, ha adoptado una estrategia de "guerra total." En Venezuela, combina una estrategia civil de desestabilización político-económica que culminaría en un golpe militar.

La estrategia contrainsurgente de Washington en Colombia operaba bajo el manto de una campaña antinarcoóticos, para justificar la acelerada escalada militar. Las campañas antinarcoóticos se centraban en regiones en las que las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) eran más fuertes, al

mismo tiempo que ignoraban virtualmente las áreas controladas por los paramilitares aliados de las Fuerzas Armadas Colombianas. El avance político-militar de las FARC a fines de los 90s obligaron al gobierno colombiano a ir a la mesa de negociaciones e incrementaron su dependencia de la ayuda militar y los asesores del ejército de los EEUU. En los EEUU (y en Colombia) las "negociaciones de paz" fueron vistas como una táctica temporal para prevenir una ofensiva a gran escala de las FARC sobre los centros urbanos de poder y como una tregua para fortalecer la capacidad militar del ejército colombiano. También para extender y profundizar la influencia militar de los EEUU sobre las fuerzas militares-paramilitares, así como sobre la estrategia militar de las mismas. Los "negociadores de paz" del gobierno también esperaban distraer o dividir a las FARC ofreciéndoles una "opción electoral," tal y como sucedió en Centroamérica (El Salvador y Guatemala). Las FARC, conocedoras del brutal asesinato en masa de activistas políticos (4,000-5,000) en la segunda mitad de los 80s y del abyecto y estrepitoso fracaso de los guerrilleros centroamericanos, convertidos en políticos electoralistas para apenas lograr cambios sociales significativos, se negaron a rendirse. Insistieron en reformas fundamentales de las estructuras del estado y la economía como

precondiciones para cualquier acuerdo de paz duradero. Esas propuestas de reformas democráticas y socioeconómicas fueron totalmente inaceptables para los regímenes de EEUU y de Pastrana, que se estaban moviendo en la dirección opuesta, hacia una mayor militarización de la vida política y de liberalización de la economía.

A lo largo de todo el período de negociaciones de paz, los EEUU y Pastrana combinaron una retórica de paz con el financiamiento y la promoción de grupos paramilitares (a través del ejército colombiano) involucrados en la toma y destrucción de pueblos y aldeas, el desplazamiento de millones de campesinos y sindicalistas y el asesinato de miles de campesinos sospechosos de tener simpatías izquierdistas. El objetivo era el de aislar a las FARC dentro de la zona desmilitarizada y al mismo tiempo entrenar,

armar y acumular tropas en las fronteras, llevar adelante inspecciones de reconocimiento de alta tecnología para identificar blancos estratégicos. Por fin, romper abruptamente las negociaciones y atacar por sorpresa la región por aire y por tierra, capturando o matando a los líderes de las FARC y desmoralizando a los insurgentes en retirada. No hace falta decir que esas tácticas fallaron. La guerrilla continúa activa fuera de la zona de paz, fortalecieron sus fuerzas en el interior de la zona desmilitarizada y no sufrieron pérdidas serias cuando Pastrana rompió las negociaciones de paz.

Los Estados Unidos hicieron de Colombia un "caso experimental" para su ofensiva político- militar en América Latina. Antes que nada porque las FARC son la formación antiimperialista más fuerte que amenaza con tomar el poder del estado. En segundo lugar, porque tiene frontera con Venezuela y es percibida como un aliado del Presidente Chávez. La derrota de las FARC le permitiría a los EEUU "cercar" e incrementar la presión externa sobre Venezuela, y reforzar la campaña de desestabilización interna.

A medida que la base política de Pastrana se erosiona - debido a la prolongada recesión y a los recortes sociales producto del enorme presupuesto militares - los EEUU aumentan su ayuda militar. Ahora, toda la economía colombiana está subordinada a la estrategia militar estadounidense; y la estrategia militar esta dirigida por una política de tierra arrasada - guerra total. Esto significa que todas las consideraciones civiles y económicas de Colombia son secundarias para el interés primordial de Washington de "ganar la guerra" contra las FARC.

Dadas la fuerza y la experiencia de la FARC y la formidable capacidad estratégica de su dirigente, Manuel Marulanda, y de su Comandancia General, la guerra entre los EEUU y Colombia promete un desarrollo prolongado y sangriento, en el que probablemente haya un escalamiento de grandes dimensiones de la intervención de los EEUU, un mayor uso del terror paramilitar y mayores y más indiscriminados bombardeos de blancos civiles. Sin embargo, una victoria militar de los EEUU es muy dudosa: el resultado final podría estar más cerca de Vietnam que de Afganistán.

Los primeros signos de que la ofensiva de Washington podría tener un efecto de boomerang son visibles en Colombia. Hace menos de dos semanas, luego que los EEUU presionasen al Presidente Pastrana para que terminara las conversaciones de paz y declarase zona de guerra al área desmilitarizada, el primer general al frente de las tropas que entraron a la zona renunció. Declaró públicamente que la victoria militar era imposible. La causa inmediata de su renuncia fue la destrucción por las FARC de un puente que conducía hacia la antigua zona desmilitarizada, bajo el mando militar directo del general. La exitosa ofensiva militar de las FARC que siguió al fin de las conversaciones de paz, llevó al Embajador de los EEUU en Colombia a admitir que el Plan Colombia era un fracaso.

En contraste con la estrategia militar de tierra arrasada en Colombia, los EEUU implementan un enfoque cívico-militar para derrocar al presidente Chávez en Venezuela. Chávez es un nacionalista liberal: ha seguido una política económica interna bastante ortodoxa al mismo tiempo que ha emprendido una política exterior nacionalista e independiente. La estrategia de los EEUU tiene varias fases y combina ataques

cívico-económico-mediáticos con esfuerzos para provocar fisuras dentro del ejército tendientes a provocar un golpe de estado.

La primera fase de este conflicto es la desestabilización de la economía, a través de acciones muy coordinadas de grupos allegados de negocios y profesionales, y dirigentes sindicales de derecha. El propósito es el de movilizar la oposición pública y centrar la atención de los medios en la inestabilidad del país, inhibiendo las inversiones de los capitalistas menos politizados quienes, sin embargo, tienen miedo de ver descender sus ganancias ante una situación conflictiva. Los medios de comunicación emprenden una campaña sistemática para derrocar al régimen de Chávez, abogando por una toma violenta del poder. Las protestas gubernamentales y públicas contra el comportamiento subversivo de los medios le permiten a Washington orquestar una campaña internacional contra las "violaciones a la libertad de expresión," en especial a través de la Asociación Interamericana de Prensa, influenciada por los EEUU. La segunda fase de la estrategia de la Administración Bush consiste en pasar directamente de la desestabilización a un golpe militar. Esto incluye dos fases. La primera es la de movilizar los recursos de inteligencia de los EEUU, oficiales venezolanos retirados y aquellos denominados "disidentes" entre los oficiales militares en activo de las ramas más reaccionarias del ejército - en el caso de Venezuela, la Fuerza Aérea y la Marina. La idea es la de forzar una discusión política en el comando militar, provocar a otros oficiales con ideas afines para que "salgan" en defensa de los oficiales expulsados y reforzar el mensaje de los medios/empresarios acerca de la "inestabilidad" y de una inminente "caída de Chávez," estimulando así un incremento en la fuga de capitales. El segundo paso es el de organizar a los oficiales autoritarios de la marina y la fuerza aérea para que presionen al ejército - el grueso del apoyo a Chávez - para conseguir adherentes, neutralizar a los oficiales apolíticos y aislar a los leales a Chávez. La estrategia de dos fases de Washington culminaría en un golpe militar con apoyo activo de los EEUU, en el cual una "junta cívico-militar de transición" acabaría en el poder.

Vinculada a su estrategia interna, basada en sus lacayos venezolanos, Washington ha implementado una "estrategia externa." El Secretario de Estado Powell ha denunciado públicamente a Chávez como autoritario, y tanto él como el FMI han dado públicamente su apoyo a un "gobierno de transición"- una señal clara y evidente del apoyo de los EEUU a los golpistas internos. Las "Fuerzas Especiales" de los EEUU ya operan en Ecuador, Colombia, Perú, Panamá, Afganistán, Yemen, Filipinas, Georgia, Uzbekistán y otros estados lacayos del Asia Central. Es más que probable que, en el caso de un intento de golpe, el Pentágono envíe elementos tácticos operativos y asesores políticos para "conducir el golpe" y asegurarse de que emerja la configuración apropiada de personalidades civiles con propósitos propagandísticos.

El peligro que el régimen venezolano enfrenta es el de que, en la "guerra de desgaste político" de Washington, en la que abundan las avalanchas propagandísticas diarias y las acciones provocadoras, Chávez no puede depender de las constantes movilizaciones de masas. Debe implementar seriamente políticas socioeconómicas redistributivas radicales para mantener el compromiso de las masas y el apoyo activo organizado. La

ofensiva orquestada por los EEUU está orientada a crear una "tensión permanente" como un arma psicológica para agotar el apoyo popular y socavar la moral del ejército.

La política exterior independiente de Chávez es lo que suscita el antagonismo de los EEUU. Esto incluye su oposición al Plan Colombia, su crítica a la guerra de los EEUU en Afganistán y a la ofensiva imperial a nivel mundial, sus relaciones cordiales con Irak, Irán y Cuba, y su rechazo a permitir que los EEUU colonicen el espacio aéreo venezolano. Su política exterior no ha sido complementada con reformas socioeconómicas integrales que redunden en el bienestar de millones de sus partidarios desempleados y mal remunerados que viven en los barrios pobres y en las villas miserias.

Los esfuerzos de los EEUU por derrocar a Chávez están basados en su rechazo, a inicios de octubre, a apoyar la ofensiva imperial mundial - la así llamada "campaña antiterrorista." Asesores cercanos a Chávez me informaron que una delegación de altos funcionarios de Washington visitaron a Chávez y le dijeron sin rodeos que "pagaría un alto precio por su oposición al Presidente Bush." Poco después, la cámara de comercio local y los dirigentes sindicales lanzaron sus campañas - aún cuando el Presidente Chávez había introducido una reforma impositiva muy modesta (que en su mayoría afectaba a las compañías petroleras extranjeras), un plan de adquisición (remunerada) de tierras, y había privatizado la mayor empresa eléctrica pública de Caracas.

Claramente, los intentos de Chávez de montar sobre dos caballos - una política exterior independiente y una política interna liberal-reformista- lo hacen muy vulnerable a la estrategia golpista diseñada por los EEUU. La táctica imperial de los EEUU en Venezuela difiere sustancialmente de la empleada en Colombia, en gran parte porque en un caso está defendiendo a un estado cliente contra la insurgencia popular y en el otro está tratando de crear un movimiento civil para provocar un golpe. Sin embargo, estratégicamente, el resultado político buscado es el mismo: el de consolidar un régimen lacayo que subordine el país al imperio neomercantilista personificado en el ALCA, y se convierta en vasallo dispuesto a hacer de policía del imperio en Latinoamérica y tal vez de proveedor de mercenarios para las nuevas guerras de ultramar.

Argentina es el tercer país en el que Washington está interviniendo. Luego del levantamiento popular de masas del 19/20 de diciembre de 2001, y de la caída de cinco "Presidentes" lacayos, Washington comenzó a operar a través de una estrategia de varias fases que fue diseñada para continuar transfiriendo activos por miles de millones de dólares a las compañías estadounidenses, perjudicar a los competidores europeos y reasegurarse una posición privilegiada en el sistema político y económico de la Argentina. El colapso del régimen vasallo de De La Rúa, y la debilidad del régimen de Duhalde para "imponer" un retorno al estatus quo anterior al levantamiento popular, han llevado a Washington a recurrir a los allegados civiles incondicionales (el ex-presidente Menem y el ex-ministro de economía Murphy) y al aparato de inteligencia militar - relativamente intacto desde los días de la sangrienta dictadura.

El problema de Washington con el régimen de Duhalde no es su "rectificación" de las "medidas populistas" (ha accedido al pago parcial de la deuda, ha jurado apoyo incondicional a la ofensiva global de los EEUU, propone limitar el gasto público, etcétera). El problema de los EEUU es que Duhalde no puede cumplir de manera enérgica con sus compromisos con el FMI y Wall Street. Los movimientos populares están creciendo en tamaño y actividad, y son más organizados y radicales. En sus asambleas, plantean cuestiones fundamentales así como preocupaciones inmediatas. Sus demandas incluyen el repudio a la deuda externa, la nacionalización de la banca y de los sectores económicos estratégicos y la redistribución del ingreso – en una palabra, repudian el "modelo neoliberal," en un momento en el que los EEUU están presionando para extender y profundizar su control por medio del ALCA neomercantilista.

Cabe pocas dudas de que el régimen de Duhalde está preparado para acceder a la mayoría de las demandas del FMI - pero le falta la capacidad de implementar todo el paquete completo de austeridad y rescatar económicamente a los bancos en el tiempo y las condiciones que Washington y el FMI lo demandan. Cada concesión al FMI - como los recortes presupuestarios - alimenta el fuego de más manifestaciones de maestros y empleados públicos; el rescate de los bancos extranjeros requiere continuar la confiscación de los ahorros privados; la rebaja drástica de los presupuestos provinciales provoca más desempleo, hambre y revueltas. El régimen de Duhalde ya ha incrementado el nivel de represión y desatado a sus matones callejeros - pero los movimientos todavía proliferan y el tenue barniz de legitimidad de este régimen se está disolviendo. El director de la CIA Tenet ya ha señalado la "preocupación" de los EEUU con la inestabilidad en la Argentina - refiriéndose a las movilizaciones populares. Los recursos estadounidenses en el aparato de inteligencia argentino están lanzando globos sonda que evalúan la respuesta a los rumores de un golpe militar. Esas jugadas tentativas, exploratorias, han sido diseñadas para asegurar un consenso entre las elites militares, financieras y económicas - junto con los banqueros y las multinacionales estadounidenses y europeas, especialmente españolas. Los medios de EEUU y Europa han comenzado a hacerse eco de la estrategia en desarrollo de Washington - escribiendo sobre el "caos," el "colapso," y la "inestabilidad crónica" del régimen civil.

Washington apunta hacia un régimen cívico-militar, si y cuando Duhalde renuncie o sea derrocado. La estrategia de Washington es la de decapitar a la oposición popular. Puede ser resumida como la Triple M, un régimen conformado por el ex-presidente Menem, el ex-ministro de economía Murphy y los Militares. Su falta de todo apoyo social entre las capas medias y los pobres urbanos significa que ese sería un "régimen de fuerza": diseñado para poner a la clase media contra la pared, dirigiéndola hacia un éxodo masivo por medio de una reducción brutal de los niveles de vida para cumplir con los compromisos de la deuda externa.

En resumen, Washington está trabajando en dos direcciones: por un lado presionando a Duhalde para que se pliegue a sus demandas asumiendo poderes dictatoriales totales, y por el otro preparando las condiciones para un nuevo régimen vasallo "cívico-militar", más autoritario y derechista.

El recurso a dictaduras militares con una fachada cívica provee a la

Administración Bush con la fachada ideológica de "defender la democracia y la libertad de mercados." Los medios de los EEUU pueden embellecer esto, así como toda una variedad de motivos relacionados.

La estrategia de militarización de Washington también es evidente en Ecuador, Bolivia y Paraguay, donde los regímenes lacayos, desprovistos de toda legitimidad popular, se aferran al poder e imponen las fórmulas neo-mercantilistas de Washington (mercados libres en América Latina y proteccionismo y subsidios en los EEUU).

En Brasil y México, Washington depende grandemente de instrumentos políticos y diplomáticos. En el caso de México, Washington tiene acceso directo a la Administración Fox en política económica y un virtual agente en el Ministro de Relaciones Exteriores Jorge Castañeda. La meta de la subordinación mexicana al neo-mercantilismo de los EEUU no es cuestionada, dado que Fox y Castañeda están totalmente de acuerdo. Lo que sí es cuestionado es la efectividad del régimen en implementar las políticas estadounidenses. El esfuerzo de Fox para convertir el sur de México y América Central en una gran planta de ensamblaje, centro petrolero y turístico de los EEUU (Plan Puebla-Panamá) ha chocado con una oposición sustancial. El desplazamiento masivo de capitales estadounidenses hacia China, donde los salarios son más bajos, ha provocado el desempleo en gran escala en los pueblos de la frontera entre México y los EEUU. Los así llamados "beneficios recíprocos" de la "integración" brillan por su ausencia. El dumping estadounidense de cereales y otros productos agrícolas ha sido desbastador para los campesinos y agricultores mexicanos. La toma de control estadounidense de todos los sectores de la economía mexicana (finanzas, telecomunicaciones, servicios, etcétera) ha llevado a un flujo masivo de pagos al exterior en concepto de beneficios y licencias.

En cuanto a las relaciones exteriores, la influencia de Washington nunca ha sido mayor, dado que Castañeda remeda groseramente las políticas del Departamento de Defensa y de la CIA - declarando el apoyo incondicional a la política estadounidense en Afganistán y en cualquier intervención militar futura, e interviniendo burdamente en la política interna de Cuba y provocando el peor incidente en la historia reciente de las relaciones diplomáticas Cubano-Mexicanas. Las groseras intervenciones anticubanas de Castañeda apoyando a Washington tuvieron el resultado contrario, con la gran mayoría de la clase política mexicana pidiendo un voto de censura para el ministro o su renuncia. Sin embargo, se ve claramente que la mera presencia de tan desvergonzado promotor de la política estadounidense, como lo es Castañeda en la Administración Fox, es indicativa de la conquista agresiva de espacio por parte de Washington en el sistema político mexicano. La poderosa presencia de bancos y corporaciones multinacionales de EEUU y de numerosos vasallos políticos locales y regionales, facilitan la recolonización de México - contra una fuerza laboral cada vez más empobrecida y difícil de controlar.

En Brasil, los EEUU han estado activos, tanto en la esfera política como en la económica. Su apoyo a Cardozo produjo resultados sin precedentes: la virtual entrega de las principales empresas públicas en los sectores de las finanzas, los recursos naturales y el comercio. Más significativo aún es que los vínculos de los capitales de EEUU y Europa con los imperios brasileños en los sectores de los medios y los grandes negocios, han tenido

una poderosa influencia sobre la clase política y sobre la conformación de la política electoral. Este bloque de poder ha conseguido hacer girar políticos electoralistas de centroizquierda hacia la derecha, con el objetivo de asegurar el acceso a los medios y el apoyo financiero para ganar las elecciones nacionales. La hegemonía de los EEUU sobre Brasil es un proceso político. Su influencia se transmite tanto a través de intermediarios locales y regionales como de los monopolios mediáticos nacionales. La "conquista" más reciente de la ofensiva estadounidense es la de la dirigencia del así llamado Partido de los Trabajadores, y en particular de su candidato presidencial Ignacio Lula da Silva. En respuesta a la ofensiva de los EEUU, Lula seleccionó a un magnate textil del derechista Partido Liberal como candidato a la vicepresidencia. Ha intentado congraciarse a si mismo buscando una reunión con Kissinger, declarando su lealtad al FMI y jurando cumplir los compromisos de la deuda externa, las industrias privatizadas, etcétera. El giro a la derecha de Lula y el Partido de los Trabajadores significa que todos los mayores partidos electorales permanecerán dentro de la órbita estadounidense y garantizarán la hegemonía indiscutible de los EEUU sobre las clases políticas.

En resumen, la ofensiva imperial ha adoptado una variedad de tácticas y enfoques en diferentes países, en una variedad de contextos político-militares. Al tiempo que dándole una mayor supremacía a la intervención militar y a los golpes militares (siempre con alguna forma de fachada civil) en ciertos países (Colombia, Venezuela), Washington continúa por un lado instrumentalizando a sus vasallos políticos y diplomáticos, y por otro "dando la vuelta" a sus adversarios políticos.

El objetivo estratégico de construir un imperio neomercantilista enfrenta una gran variedad de obstáculos políticos, sociales y militares, lo que es particularmente evidente en Colombia, Venezuela y Argentina. En otras palabras, la proyección imperial de poder está lejos de haberse realizado. Se encuentra enredada en una serie de relaciones conflictivas y en un contexto en el que los fracasos socioeconómicos del imperio en el pasado no crean un terreno favorable para el avance ni justifican el supuesto de una victoria inevitable. Por el contrario, la actual ofensiva imperial es en parte el resultado de importantes reveses en los años recientes y del crecimiento de la oposición entre sus antiguos partidarios en las clases medias de algunos países.

La Decadencia del Imperio: Las Bases de la Ofensiva Imperial

La ofensiva político-militar de los EEUU en América Latina forma parte de una campaña mundial para revertir el deterioro de su influencia política y su dominación económica, y para extender y consolidar su poder imperial por medio de una combinación de bases militares y regímenes políticos vasallos.

Con el inicio el 7 de octubre de 2001 del bombardeo masivo y la subsecuente ocupación de Afganistán, Washington procedió a establecer un régimen títere, completamente dependiente del poder militar de los EEUU. La construcción de satélites se extendió hacia el Asia Central, donde Washington apartó abruptamente a los enlaces rusos y estableció bases militares y relaciones patrón-cliente con los regímenes. Procesos similares

de intervenciones militares, ocupaciones de bases y relaciones patrón-cliente fueron establecidas con los gobernantes de Filipinas, Yemen y Georgia. En América Latina, antes del 7 de octubre de 2001, los EEUU ya habían establecido bases militares en Ecuador, Perú, Aruba, El Salvador y en el norte de Brasil. Más significativo aún es que la ubicación de nuevas bases fue acompañada por un papel operativo extenso y directo en el financiamiento, el entrenamiento y la dirección de operaciones de contrainsurgencia de las fuerzas militares y paramilitares colombianas que combaten a la insurgencia popular.

Es importante hacer notar dos puntos. Primero, parte de esta expansión del poder de los EEUU está dirigida a contrarrestar los avances de los movimientos populares y de los regímenes antiimperialistas. Segundo, la ofensiva no sólo busca recuperar la influencia perdida, sino establecer nuevos centros estratégicos de poder en orden de imponer un imperio mundial indiscutido. En el caso de América Latina, ambos procesos están en camino: un esfuerzo imperial concertado para derrotar los desafíos populares al poder imperial y establecer un imperio neo-mercantil más exclusivo, explotador y represivo que el que existió durante el período denominado como "neoliberal."

El propósito inmediato de la ofensiva político-militar de los EEUU en América Latina es el de recuperar su dominación en una región en la que sus regímenes lacayos están desacreditados y perdiendo su capacidad de controlar las políticas macroeconómicas debido a la oposición de las masas.

Esencialmente, la presencia militar de largo plazo de los EEUU tiene un objetivo político - apuntalar regímenes desacreditados, reemplazar regímenes vasallos débiles por juntas cívico-militares más autoritarias y derrocar gobiernos nacionales independientes que se rehusan a seguir las políticas de Washington.

El que los regímenes vasallos de los EEUU se están debilitando salta a la vista por el fracaso del modelo económico liberal, el declive vertical de la popularidad registrado en las encuestas de opinión, la fuga en ascenso de capitales locales y lo que es más importante, en algunos países, la beligerancia cada vez mayor de robustos movimientos populares de masas dirigidos a desafiar la autoridad del régimen - cuando no el poder del estado.

El desafío más poderoso y organizado al proyecto de construcción de satélites del imperio se da en Colombia. La oposición popular al régimen cívico-militar se basa en un poderoso movimiento agrícola multisectorial (que incluye a agricultores, campesinos y trabajadores rurales), perjudicado por los recortes en los créditos, la política de puertas abiertas hacia las importaciones de alimentos baratos estadounidenses y el bajo precio de sus productos de exportación. La oposición incluyó también luchas sindicales militantes, particularmente de los sindicatos petrolero, de los empleados públicos y de la industria. La tercera y más significativa oposición se encuentra en el movimiento guerrillero más poderoso y mejor organizado de la historia reciente de América Latina. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de menor tamaño, incluyen más de 20,000 combatientes. La tarea principal de los expertos en contrainsurgencia es la de dirigir a los

escuadrones de la muerte paramilitares para que expulsen del campo por la fuerza a cientos de miles de campesinos simpatizantes de la guerrilla, y asesinar a los habitantes progresistas de los barrios pobres, activistas estudiantiles, trabajadores por los derechos humanos y líderes sindicales. La violencia de las fuerzas paramilitares esta dirigida a aislar a las guerrillas de su base natural de masas - y fuente de alimentos y reclutas - en orden de facilitar a las Fuerzas Armadas el enfrentamiento directo con la guerrilla.

La amplitud y la profundidad de la violencia militar -40,000 civiles asesinados en la década de 1990- sugieren el grado en el que la guerrilla estuvo y está profundamente enraizada en la población trabajadora y campesina. La guerrilla controla o tiene influencia sobre la mitad de los municipios rurales del país y no ha sufrido derrotas significativas, a pesar de las frecuentes "campañas de exterminio" del ejército. Por el contrario, la guerrilla se encuentra activa a menos de 80 kilómetros de la capital, Bogotá, controla carreteras principales y domina una vasta franja de zonas rurales. Al tiempo que inmersos en una guerra móvil, más bien que de posiciones, los insurgentes han, de hecho, establecido un sistema de doble poder en varias regiones del país. Más aún, los insurgentes tienen la ventaja del conocimiento del terreno, la proximidad a la población local y una dirigencia estratégicamente superior que más que compensa la superioridad tecnológica y numérica del ejército dirigido por los EEUU, en su mayoría compuesto por reclutas.

La entrada masiva de armas y oficiales estadounidenses está dirigida a reforzar al régimen y a impedir su deterioro o colapso de cara a la recesión que ya lleva dos años, al descontento civil y a las arremetidas de la guerrilla.

En Venezuela, el régimen de Chávez ha desafiado la política exterior de los EEUU en varias regiones vitales: 1) en el Medio Oriente, los Estados del Golfo y el Norte de África. El gobierno de Chávez ha fortalecido a la OPEP y visitado Irak, Irán y Libia, rompiendo así el boicot de los EEUU. 2) En el Sur de Asia, Chávez se opuso a la intervención militar de los EEUU ("la respuesta al terror no es más terror"); en América Latina se opuso al

P

La ofensiva de Estados Unidos en América latina

La ofensiva político-militar de Estados Unidos a lo largo del mundo se manifiesta en múltiples contextos en América latina y apunta, en esta región, a consolidar gobiernos lacayos en decadencia, a desestabilizar regímenes independientes, a presionar a la centro-izquierda para que se mueva hacia la derecha, a destruir o aislar a los florecientes movimientos populares, auténticos desafíos al Imperio y sus lacayos (...)

El aspecto más llamativo de la ofensiva político-militar de Estados Unidos en América latina coincide con la variedad de tácticas utilizadas para establecer o consolidar regímenes dependientes y para derrotar a los movimientos sociopolíticos populares opuestos a la dominación imperial.

El foco de la intensa intervención estadounidense se centra en Colombia y Venezuela. En ambos países, Washington cuenta con apuestas muy altas, en las que están implicados intereses políticos, económicos e ideológicos tanto como consideraciones geopolíticas. Cada uno de estos dos países está orientado geográficamente hacia los países caribeños y andinos, al igual que Brasil. La emergencia de un régimen revolucionario en Colombia o la estabilización de un régimen nacionalista en Venezuela podrían inspirar transformaciones similares en las regiones adyacentes y podrían socavar el control ejercido por Estados Unidos a través de regímenes sometidos a su órbita de influencia. Más aun, ciertos cambios políticos significativos podrían afectar el control de Estados Unidos sobre la producción y el abastecimiento de petróleo, no sólo en Venezuela y Colombia, sino también en México y Ecuador, en los que podría generarse presión para que se retroceda en los respectivos procesos de privatización (...).

Geopolíticamente, las transformaciones en Colombia y Venezuela podrían llevar en última instancia a un pacto de integración con la Cuba revolucionaria, la máxima pesadilla de Washington. Lo que está en riesgo es el embargo de 40 años a la isla y el destino del Alca, ese nuevo instrumento primordial de control sobre Latinoamérica, patrocinado por Estados Unidos.

“Guerra total” y desestabilización

Washington ha optado por diferentes estrategias en cada uno de esos dos países. Para derrotar a la insurgencia popular en Colombia ha adoptado una estrategia de “guerra total”. En Venezuela, por otra parte, mantiene una estrategia de desestabilización en el plano político-económico combinada con un proyecto de golpe de Estado militar.

La estrategia contrainsurgente de Washington en Colombia ha operado bajo el velo de una campaña antinarcoóticos, focalizada en regiones en las que las Farc (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) eran particularmente fuertes e ignorando las áreas controladas por los paramilitares aliados de las Fuerzas Armadas Colombianas. El avance político-militar de las Farc a fines de los '90 obligó al gobierno colombiano a la negociación e hizo incrementar la dependencia de Estados Unidos en lo que a ayuda militar y a asesores castrenses se refiere (...).

Washington hizo de Colombia un laboratorio para su ofensiva político-militar en América latina. Antes que nada, porque las Farc son la formación antiimperialista más fuerte en la contienda por el poder del Estado y controlan el territorio de la frontera con Venezuela, percibidas por lo tanto como un aliado potencial del presidente Hugo Chávez. Derrotar a las Farc permitiría a Estados Unidos incrementar la presión externa sobre Venezuela tanto como reforzar la campaña de desestabilización interna (...).

En contraste con la estrategia militar de tierra arrasada en Colombia, Washington ensaya una vía cívico-militar para derrocar al presidente venezolano Chávez. Chávez es un nacionalista liberal: ha practicado una política económica interna bastante ortodoxa complementada con una política exterior nacionalista-independiente. La estrategia de Estados Unidos consta de varias fases y combina ataques mediáticos, políticos y económicos con intentos de provocar fisuras en lo militar, que tienden a provocar el clima propicio para un golpe de Estado.

La primera fase de este conflicto coincide con la desestabilización de la economía,

a través de acciones coordinadas de cerca con grupos comerciales y profesionales subalternos y dirigentes sindicales del ala derecha. El propósito consiste en fomentar la oposición pública y centrar la atención de los medios en la inestabilidad del país, inhibiendo las inversiones de los capitalistas menos politizados, que temen ver descender sus ganancias ante una situación conflictiva (...).

En el segundo momento de la estrategia de la administración Bush, se trata de pasar directamente de la desestabilización a un golpe militar. Esto incluye dos fases. La primera coincide con movilizar los recursos de inteligencia de Estados Unidos, funcionarios venezolanos retirados y oficiales militares activos disidentes de entre las ramas más reaccionarias del ejército –en el caso de Venezuela, la fuerza aérea y la marina–. Se busca impulsar una discusión política en el comando militar, provocar a otros oficiales con ideas afines para que salgan en defensa de los oficiales expulsados y reforzar el mensaje de los medios y de los empresarios en torno a la inestabilidad y a la inminente caída de Chávez, estimulando de este modo la fuga de capitales.

El segundo paso consiste en organizar a los oficiales autoritarios de la marina y de la fuerza aérea para poner presión en el ejército –el pilar principal del apoyo a Chávez–, con el fin de ganar adherentes, neutralizar a los oficiales apolíticos y aislar a los leales a Chávez. El acercamiento en dos fases de Washington habría de culminar en un golpe militar con apoyo activo de Estados Unidos, en el cual gobernaría una “junta cívico-militar de transición” (...).

El peligro que el régimen venezolano enfrenta reside en que, en la guerra de desgaste político, donde arrecian las acciones provocadoras y las ametralladoras de la propaganda cotidiana, Chávez no puede depender de las constantes movilizaciones de masas. Debe implementar seriamente políticas inmediatas y radicales de redistribución socio-económica para mantener el compromiso de las masas y su apoyo activo organizado.

La ofensiva orquestada por Estados Unidos se orienta a crear, como arma psicológica, una “tensión permanente” que agote el apoyo popular y carcoma la moral del ejército (...).

El intento de Chávez de montar sobre dos caballos –política exterior independiente y política interior liberal-reformista– lo vuelven claramente muy vulnerable a la estrategia golpista diseñada por Estados Unidos.

La táctica imperial norteamericana en Venezuela difiere sustancialmente de la instrumentada en Colombia, en gran parte porque, en un caso, está defendiendo a un Estado clientelar contra la insurgencia popular y, en el otro, está tratando de crear un movimiento civil para provocar un golpe. Sin embargo, estratégicamente, la meta política buscada es la misma: consolidar regímenes dependientes que subordinen el país al proyecto imperial encarnado en el Alca y que se conviertan en vasallos dispuestos a participar de la política imperial desde Latinoamérica, tal vez proveyendo mercenarios para nuevas guerras de ultramar.

Argentina y Brasil

El tercer país en el que Washington tuvo proyectado intervenir es la Argentina. Después del levantamiento popular de masas del 19 y 20 de diciembre de 2001 y la caída de cinco presidentes lacayos, Washington comenzó a operar a través de

una estrategia en varias etapas diseñada para continuar transfiriendo activos por miles de millones de dólares a las compañías estadounidenses, para perjudicar a los competidores europeos y para reasegurarse una posición de privilegio en el sistema político y económico argentino. El colapso del sumiso régimen de Fernando De La Rúa y la provisoriedad del régimen de Duhalde llevaron a Washington a recurrir a sus allegados civiles incondicionales (el ex presidente Carlos Menem y el ex ministro de economía Ricardo López Murphy) (...). El crecimiento de los movimientos populares y de las asambleas instaaura un clima general de repudio al modelo neoliberal, precisamente en un momento en el que Estados Unidos presiona para extender y profundizar su control a través del Alca (...).

En Brasil, Estados Unidos ha estado activo, tanto en la esfera política como en la económica. Su respaldo al ex presidente Fernando Henrique Cardoso produjo resultados sin precedentes: prácticamente el remate de las principales empresas públicas en los sectores de telecomunicaciones, finanzas, recursos naturales y comercio. Más significativamente, los vínculos de los capitales estadounidenses y europeos con los emporios mediáticos y comerciales brasileños han tenido una poderosa influencia sobre la clase política en cuanto a la conformación de la última política electoral. Este bloque de poder ha tenido éxito en su intento de hacer virar hacia la derecha a ciertos políticos de centro-izquierda, con la promesa del acceso a los medios y del apoyo financiero en la campaña para las elecciones nacionales. La hegemonía de Estados Unidos sobre Brasil se opera mediante un proceso político. Su influencia se difunde a través de correas de transmisión locales y regionales y mediante monopolios mediáticos nacionales. La última "conquista" de la ofensiva estadounidense se sitúa en la dirigencia del Partido de los Trabajadores, y en particular en su candidato presidencial finalmente electo, Luiz Inacio Lula da Silva. En respuesta a la ofensiva de Estados Unidos, Lula seleccionó a un millonario magnate textil del ala derecha del Partido Liberal como su propio vicepresidente y no cesa de congraciarse con Norteamérica en cada una de sus declaraciones de lealtad al FMI, en las que jura cumplir con los compromisos de la deuda externa, de las industrias privatizadas, etcétera.

El giro a la derecha de Lula y del Partido de los Trabajadores implica que todos los mayores partidos electorales orbitarán alrededor del área de influencia estadounidense y garantizarán su hegemonía indiscutible sobre las clases políticas. En resumen, la ofensiva imperial ha adoptado una variedad de tácticas y acercamientos en diferentes países, dentro de una variedad de contextos político-militares. Dando preeminencia a la intervención militar (siempre con alguna forma de fachada civil) en ciertos países, Washington sigue adelante con su política de instrumentación de vasallos políticos y diplomáticos y con sus tácticas de conversión de adversarios políticos.

La meta estratégica de construcción de un Imperio basado en la dominación económica directa enfrenta una gran variedad de obstáculos políticos, sociales y militares, particularmente evidentes en Colombia, Venezuela y la Argentina. En otras palabras, la proyección imperial de poder está lejos de haberse realizado. Se encuentra enredada en una serie de relaciones conflictivas y en un contexto donde los anteriores fracasos socio-económicos del Imperio no crean el terreno favorable para un avance fácil ni aportan ninguna justificación al supuesto de una victoria inevitable. Por el contrario, la actual ofensiva imperial es en parte el resultado de importantes reveses en los años recientes y del crecimiento de la oposición entre sus antiguos partidarios de clase media de algunos países (...).

Objetivos en riesgo

Se ha hecho evidente que los regímenes dependientes de Estados Unidos se están debilitando a raíz del fracaso del modelo económico neoliberal, del declive vertical de popularidad registrado en las encuestas, de la ascendente fuga de capitales locales y, en algunos países, de la beligerancia creciente de robustos movimientos populares de masas que desafían la autoridad del régimen –si no el poder del Estado–.

(...) En la Argentina, ante el relativo reflujo de la efervescencia de diciembre de 2001, el hecho político más significativo sigue siendo, sin embargo, que la gran mayoría de la clase media se ha puesto en contra del neoliberalismo y sus promotores extranjeros, rechazando a todos los políticos locales asociados con éstos. A diferencia del golpe de 1976, en el que Estados Unidos y los generales fueron capaces de echarle la culpa a la izquierda por el desorden y la violencia, en 2002 fueron los regímenes liberales derechistas pro-estadounidenses los que confiscaron los ahorros de la clase media, haciendo descender sus niveles de vida y reprimiendo violentamente las asambleas y los cacerolazos (...).

Colombia, Venezuela y Argentina reflejan claramente la decadencia de la influencia y del poder de Estados Unidos. Fuerzas alternativas avanzan en varios otros países latinoamericanos. Hay signos claros de que los regímenes clientelares en Paraguay, Bolivia, Ecuador y Perú están desacreditados y tienen poco apoyo popular en la implementación de la agenda de Washington. De hecho, existen, en los tres primeros países, poderosos movimientos multisectoriales de masas que han demostrado su capacidad para la acción directa al bloquear algunas de las leyes más retrógradas.

En Brasil, la incógnita a despejar es hasta qué punto el giro a la derecha del PT va a resultar en un reagrupamiento de la izquierda en el que los poderosos movimientos sociales (Trabajadores Sin Tierra, pequeños agricultores, movimientos de ocupación), los partidos de izquierda radicales (PSTU, PCdoB, etcétera) y el ala izquierda del Partido de los Trabajadores puedan aunar fuerzas. Por fuera de los partidos electorales, se despliega en aumento una poderosa corriente de opinión nacionalista y antiimperialista que se opone con firmeza al Alca y a las políticas económicas promovidas por Estados Unidos y Europa, políticas portadoras de una década de estancamiento económico. En particular, el ejército brasileño no es un aliado de fiar para el Pentágono, dado que contiene una fuerte corriente nacionalista con raíces históricas que podría resistirse a una mayor intervención norteamericana (...).

El neoliberalismo, como estrategia imperial de captura de los mercados, de las empresas nacionales y de los recursos naturales, parece estar llegando a su punto final. Lo cual no significa que estemos asistiendo al final del imperialismo. Lo que está aconteciendo es un mayor grado de control directo del Estado imperial sobre las economías y sobre los circuitos de circulación del capital y de las mercancías. El Alca está llamado a ser precisamente un plano para la construcción de un Imperio neomercantilista, en el que Estados Unidos establezca el marco legal que sancione su posición privilegiada en los mercados y en la economía latinoamericanos, por encima y en contra de sus competidores europeos o japoneses.

La transición de un Imperio neoliberal a uno neomercantil requiere de más

explotación y dominación, y la ideología global antiterrorista usada para justificar una mayor militarización estadounidense en América latina no es más que un ardid propagandístico (...).

Conclusión

Nos encontramos en un período caracterizado por la ofensiva política y militar de Estados Unidos, por intentos de golpes de Estado, por la acción directa de masas, por la polarización política y por las nuevas formas de representación social. No hay resultados uniformes dentro de este proceso, y las ganancias y las pérdidas que resulten de la ofensiva estadounidense no pueden medirse contando los votos de los presidentes y el asentimiento de los funcionarios leales. Los ascendentes movimientos sociales y la insurgencia popular han desenmascarado el saqueo imperial y han derribado regímenes dependientes, pero las consecuencias políticas importantes no han sido hasta ahora decisivas.

Los conflictos sociales y las conflagraciones militares tienen lugar a escala continental; presidentes lacayos suben y bajan, y nuevos reemplazantes son apostados. Movimientos y partidos crecen y así enfrentan desafíos decisivos: contraer compromisos o luchar por el poder. Los fracasos y las limitaciones de los programas reformistas han vuelto a poner al socialismo en la agenda.

Una nueva generación ha surgido. Una generación que no padeció en su propio cuerpo las derrotas políticas y el terror de las décadas del '60 y el '70, pero que ciertamente ha vivido el hambre, la pobreza, el desempleo y la corrupción política de la década del '90. Ninguno de los movimientos combativos emergentes o de las insurgencias populares ha experimentado una derrota histórica en esta década. Los movimientos, con progresos y descensos temporales, todavía transitan una trayectoria ascendente. Sin embargo, ningún resultado es inevitable ni predeterminado: la organización consciente, la claridad política y la intervención humana enérgica son necesarias para lograr contrarrestar la actual ofensiva imperial y sumirla en una derrota histórica, y, más allá, para alcanzar una revolución socialista victoriosa.

** Petras es hoy uno de los críticos del imperialismo con mayor llegada a los intelectuales de todo el mundo.*

“El nuevo orden criminal”, por James Petras, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003, 158 páginas.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos,

información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativos y culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada documento son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

